

PRIMERA CONFERENCIA

¡NO CREO EN LA HOMEOPATÍA!.....

Entre las palabras que, en todos los idiomas posibles, sirven para traducir el pensamiento, no hay muchas que sean tan empleadas como el verbo CREER. Ciertamente, en el mecanismo del lenguaje, ésta es una de las piezas de más movimiento.

Creo..... no creo.....

Que este verbo sea afirmativo ó negativo, se le halla en todas las conversaciones, en todos los debates, en todas las discusiones. Que él esté vestido de francés ó de inglés, de alemán ó de español, de italiano ó ruso, siempre lleva la cabeza altiva y orgullosa, camina con los pasos de la vana aristocracia, y se asienta con el aplomo más académico.

Creo..... no creo.....

Todo el mundo dice esto, tanto el discípulo como el profesor, el joven como el anciano, el ignorante como el erudito.

Creo..... no creo.....

Se dice esto por doquiera: en la

plaza pública como en el foro, en la calle como en la tribuna, en la tienda como en el instituto.

En el tiempo en que floreció la filosofía griega, había en Creta una escuela célebre en la que no se era admitido sino después de un largo noviciado; entre otras pruebas, los aspirantes estaban sometidos á un silencio de varios años, para adquirir el equilibrio perfecto del espíritu; y en sus doctas pláticas, Pitágoras decía á menudo á sus discípulos, que las dos palabras más cortas para pronunciarse: si y no, eran las que pedían más examen. ¡Cuánta prudencia en efecto, cuánta sabiduría, cuánta reflexión no se debería tener en el manejo de esos dos términos tan absolutos. ¡Cuántas cosas serias se contienen en una afirmación ó en una negación, y cuántos, sin embargo, las dejan escapar con la más fácil ligereza!

¿Sabéis lo que quiere decir:

creer..... no creer?..... Tal vez no.

¡Escuchad!

Crear ó no crear, bajo el punto de vista filosófico y fuera de las doctrinas religiosas, significa: dar ó rehusar su adhesión, después de un libre y atento examen, á toda idea nueva que se presenta con los atributos de la verdad.

Ahora, os pregunto, y poneos ante vuestra conciencia, ¿así es como negáis ó afirmáis á cada instante? y cuando vuestra palabra es tan decisiva, ¿os halláis en semejantes condiciones?

He aquí una idea nueva que llama á la puerta de vuestra inteligencia, ¿la habéis examinado antes de darle ó de rehusarle la entrada?

He aquí un descubrimiento que os pide su derecho de domicilio en el dominio de la verdad; ¿lo habéis examinado antes de darle ó de rehusarle su rincón de tierra y su lugar al sol?

He aquí una doctrina que aparecen el horizonte de la terapéutica, ¿la habéis examinado antes de darle ó de rehusarle su rango entre los planetas médicos?

En una palabra, ¿conocéis profundamente todo lo que negáis ó afirmáis?

De dos hombres, de los que uno niega y otro afirma una cosa sin conocerla, no sé quién de los dos

es más insensato, y sin embargo, es preciso decirlo, en el mundo no se ven más que negaciones ó afirmaciones ciegas!

¡Negáis..... Muy bien!

Entonces, tenéis el conocimiento íntegro de los secretos de la naturaleza para que estéis autorizados á censurar esos fenómenos!

Entonces tenéis la intuición de todas las relaciones y de todos los misterios científicos, para que estéis autorizados á poner vuestro sello enciclopédico sobre todas las nuevas concepciones de la inteligencia humana!

¡No creo en la Homeopatía!.....

Esto lo he oído decir por toda clase de personas.

Primero, por los médicos que conocen todo en medicina, excepto la Homeopatía.

Por los sabios y eruditos que se habían ocupado de todo, excepto de la Homeopatía.

He oído negar á la Homeopatía por hombres cuya sola instrucción consistía en haber pasado alguna vez, delante de las paredes de un colegio, y olfateado los folletines de la literatura ilustrada.

He oído aun negar á la Homeopatía por señoras, queriéndose dar los humos de mujeres sabias, de espíritus fuertes y de buen tono; citando sin comprenderlas, las frases de Labruyère, Pascal, Montesquieu,

y en el fondo, no creyendo en nada, ni en el mismo Dios.

¡No creéis en la Homeopatía!

¡Muy bien!..... Pero deseo saber, y tengo derecho de preguntaros, en virtud de qué razón no creéis; porque si no tenéis razones positivas para negarla, os declaro insensato.....

Pero entremos en un razonamiento muy sencillo, y, QUIEN QUIERA QUE SE AIS, antes de pronunciar vuestro juicio, responded primero á estas preguntas:

¿Qué es la Homeopatía?

¿Cuál es la significación radical y científica de esta palabra?

¿Qué se entiende por doctrina médica?

¿Cuáles son los elementos de esta doctrina, y cómo se les puede examinar y apreciar?

Suponiendo ya resuelta esta cuestión:

¿Cuáles son los elementos de la doctrina hahnemanniana?

Conocéis:

¿Su fisiología?..... ¿Su manera de considerar al hombre en su composición, su organización y su rango en la clasificación general de los seres?

¿Su patología?..... ¿Su manera de considerar la salud y la enfermedad?

¿Su terapéutica?..... ¿Cuál es el principio general sobre el que gi-

ran todos los elementos de la doctrina?

¿Su materia médica?..... ¿Cómo los medicamentos son estudiados, considerados y administrados por la Escuela Homeopática?

¡Pues bien! ahora os pregunto: ¿vuestro examen ha puesto el pié, no diré en el santuario, sino solamente en el vestíbulo de esa doctrina médica?

¡No!

Entonces, ¿por qué la negáis?

¿Nunca habéis visto á la Homeopatía en acción? ¿La habéis seguido en su práctica, ya en la clínica particular, ya en las casas de beneficencia, y en los hospitales? Porque, sea dicho con anticipación, la Homeopatía tiene todo esto. ¿Habéis tratado de recoger los hechos? ¿habéis comprobado las cifras de sus estadísticas?

¡No!

Entonces, ¿por qué negáis?

La Homeopatía, aunque joven todavía, ha hecho, sin embargo, sus pruebas; ya ha producido bastantes obras para formar una rica biblioteca especial; ella tiene sus periódicos en todas partes, sus representantes y sus publicistas por doquiera.

¡Pues bien! ¿habéis meditado todos esos escritos? ¿habéis leído siquiera la exposición de esta doctri-

na, pero leal, seriamente y de buena fe?

¿Habéis tenido la intención de descubrir, en su seno, la verdad ó el error? ¿Habéis llevado la antorcha de una sabia discusión al abismo de sus misteriosos principios?

¿Habéis buscado, por el choque de una experiencia ILUSTRADA y SOSTENIDA, hacer brotar de su corazón, alguna chispa de vida?

¡No!

Entonces, ¿por qué negáis?

Sin embargo, he aquí, cuestiones muy importantes, y, cuando las habéis resuelto, os reconoceré un conocimiento bastante perfecto para que os deis el derecho de decir: NO CREO EN LA HOMEOPATÍA; pero si no podéis responder á ello, os declaro insensato, si negáis.

Quien quiera que seáis:

Si sois médico, ¿os esperábais esta serie de cuestiones, y seríais capaces de responder á ellas? Es posible; pero lo dudo, y para ello tengo derecho. Si no sois médicos, muy probablemente, no habéis ni comprendido estas cuestiones; por este motivo, me propongo explicarlas y desarrollarlas en nuestras pláticas, y entonces veréis quizá, cuánto, en vuestra ciega negación, érais temerario, ó cuánto, en vuestra apreciación de la Homeopatía, estábais lejos de la verdad. Veréis

quizá, que hablábais de una cosa que no conocíais. Finalmente, veréis que en vuestra ignorante negación, érais del todo semejante á un sordo que juzgara la ejecución de una sinfonía de Beethoven, ó á un ciego de nacimiento, que quisiera criticar los frescos de Miguel Angel y las madonas de Rafael. Porque, en verdad os digo: Cualquiera que niegue una cosa, sin conocerla, es temerario, setenta veces siete.

¡No creo en la Homeopatía!.....

No hay una sola manera de negar una verdad, hay tantas, por el contrario, cuantas la verdad puede tener puntos de ataque: tales son, como ya os lo he hecho presentir, todas las falsas interpretaciones, de buena ó de mala fe, y he aquí por qué la Homeopatía sufre los combates más variados, múltiples y más contradictorios.

Así, unos dicen que ella no existe: es preciso compararla al Eldorado del soñador español Martínez, es preciso relegarla entre los misterios de Isis, los cuentos Arabes, los filtros y sortilegios de los Egipcios.

Sus glóbulos, son granos de mentira, sus prescripciones, agua clara ó polvo blanco, y sus prácticos, escamoteadores más ó menos hábiles para manejar á los enfermos.... y sus escudos.

Sus principios son utopías diver-

tidas, sus pretensiones son un quijotismo puro, y este ratoncillo médico salió un día de las entrañas de un sueño alemán.

¡La Homeopatía!..... Es la medicina de los enfermos imaginarios, de los ociosos que no saben en que gastar su tiempo, y de los ricos que no saben cómo gastar su dinero.

Es la medicina de los bastidores, de los tocadores, de las mujeres vaporosas que pasan su vida entre los glóbulos y las novelas de Paul de Kock.

Otros..... ¡oidlo bien!..... dicen que la Homeopatía es la medicina de los venenos, y que las huellas de sus remedios violentos jamás desaparecen.

—¡Cómo, señora! os curáis por la Homeopatía!..... pero entonces ignoráis que los homeópatas no emplean sino venenos..... el mercurio, la belladona, el arsénico!

—¡Cómo, señor! ¿os curáis por la Homeopatía? Pero, entonces ignoráis que ésta es una medicina incendiaria, y que el cuerpo se resiente siempre de sus terribles medicamentos.

He aquí, pues, á la Homeopatía semejante á la Hidra de Lerna.

Es un monstruo policéfalo. Una gota de su sangre envenena las llagas y hace incurables las heridas. La terapéutica hahnemanniana es, para los enfermos, más cruel que

el vestido de Dejanira y las flechas de Filoctetes, y nuestro siglo debería dar á luz á un nuevo Hércules, para librar á la clientela, más desdichada que la antigua Argólida.

Bajo las flores de sus prescripciones está oculto el áspid de Cleopatra, sus glóbulos son los elementos de terribles explosiones, su polvo blanco es más mortífero que la mezcla fulminante que hizo perecer al químico Hennel, su agua clara engendra las llagas repugnantes del mercurio, el delirio furioso de la belladona y el fuego abrasador del arsénico; todas sus fórmulas, en fin, son sentencias de muerte.

Otros dicen:

La Homeopatía es la medicina de las gentes de progreso, que se atragantan de todas las ideas nuevas, pretendiendo marchar con su siglo; calientan el nacimiento de todas las crisálidas científicas, y están siempre dispuestos á formar la cadena para hacer girar á un velador, á cantar una melodía de Schubert, conforme al método Galin, y á partir en el globo de Petin por un tren de recreo de París á la luna.

Otro:

La Homeopatía es una medicina muy misteriosa: yo no la comprendo; por consiguiente no creo en ella.

Otro:

La Homeopatía no conviene á

mi temperamento, á mis nervios, á mis hábitos, por consiguiente, no la quiero.

Otro:

La Homeopatía puede ser buena en ciertas enfermedades, por ejemplo, en las enfermedades crónicas y cuando nada apremia; pero en las enfermedades agudas, que reclaman una maniobra activa, verbi-gracia, una fluxión de pecho, imposible.

Otro:

Dadme todos los glóbulos de una farmacia homeopática, y me encargo de tragármelos.

Otro:

La Homeopatía consiste en un régimen particular, escrupuloso y severo, en que es preciso evitar tales clores, tales bebidas, tales alimentos; con el que, en fin, no es permitido beber ni comer.

Otro:

La Homeopatía consiste en un solo remedio—siempre un veneno—que se administra bajo la forma de agua ó polvo en todas las enfermedades.

Otro:

La Homeopatía consiste en el arte de dar los medicamentos en glóbulos, es decir, en dosis infinitamente pequeñas.

Otro:

La Homeopatía consiste en curar un mal por el mismo mal; así,

habéis recibido un golpe, haceos dar otro, en el mismo sitio, y quedaréis curado.

Otro:

Ya pasó la época de la Homeopatía; ella murió con su autor.

Otro:

Si la Homeopatía es cierta, ¿por qué ella no es la medicina general, y por qué no está admitida por las Academias y las Facultades?

Etc., etc., etc.

¡Ay! todas esas hipótesis afirmativas ó negativas, todos esos dachachos indiferentes ó apasionados, los he oído, y siempre están en circulación.

Pues bien, ¿cuál es el origen de todas esas oposiciones? La ignorancia, las preocupaciones, y las divagaciones de espíritu: espíritu fuerte, espíritu burlesco, espíritu sistemático.

¿Por qué son contradichos todos los descubrimientos?

Ante todo, por vanidad, interés y moda de negar.

¿Por quiénes es combatida la Homeopatía, no diré de una manera oficial, sino en el mundo, en donde la calumnia es la moneda corriente?

Principalmente por los ignorantes; por aquellos que jamás han oprimido su inteligencia con los esfuerzos del estudio, y jamás han

contraído una entorsis trabajando en el campo de la ciencia.

Por aquellos que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, corazón y no sienten.

Por aquellos que siempre están dispuestos á crucificar á toda verdad que llega al mundo.

Por aquellos, en una palabra, á quienes es preciso perdonar, porque no saben lo que dicen.

Confieso, sin embargo, que muchas veces, al oír todas esas cosas, no he podido cerrar mi alma al soplo de una ardiente indignación.

¡No creéis en la Homeopatía!

Afortunadamente, QUIEN QUIERA QUE SEAIS, la Homeopatía puede pasársela sin vos.

A pesar de todas vuestras injurias y calumnias, ella quedará en pie, y proseguirá su marcha en la vía del progreso médico; ella os buscará en todas partes, ella os tocará por doquiera, á vosotros, á vuestros hijos y á vuestros nietos! no con el aguijón de la venganza, sino con sus torrentes de beneficios. Su fuerza expansiva acabará por triunfar en Francia, de la oposición obstinada de los académicos, porque el foco de su dinamismo ya ha irradiado de Occidente á Oriente, y vivificado á los pueblos.

Escuchad esta sublime estrofa de un poeta inmortal:

Le Nil á vu sur ses rivages
Les noirs habitants des déserts,
Insulter, par leurs cris sauvages,
L'astre éclatant de l'univers.
Cris impuissants, fureurs bizarres!
Tandis que ces monstres barbares
Poussaient d'insolentes clameurs,
Le dieu poursuivant sa carrière,
Versait des torrents de lumière
Sur ses obscurs blasphémateurs.

El Nilo ha visto en sus riberas
A los negros habitantes del desierto,
Insultar con sus salvajes gritos
Al astro que ilumina al universo.
Impotentes gritos, furiosos necios!
Mientras que esos monstruos bárbaros
Lanzaban clamores insolentes,
El dios prosiguiendo su carrera,
De luz derramaba los torrentes
A sus blasfemadores tan oscuros.

Pero, si hay muchas cosas que negáis sin comprenderlas, hay todavía una infinidad en las que creéis con la misma ceguera. No sería muy difícil el probároslo, no tendría más que invitaros á sondear los secretos de la naturaleza, y veríais que á cada paso de vuestra exploración os tropezaríais con un misterio.

Ejemplos:

El aire que respiráis, en el que vivís, que os cubre, que os comprime, que os penetra, ¿lo comprendéis? Sus corrientes y variaciones, las podéis apreciar? La masa enorme que lleváis, sin ser aplastado, ¿la sentís? Y si yo dijese á la persona más frágil y delicada de vosotros, que ella tiene constantemen-